

Cervantes en la mirada freudiana

*Francisco López-Muñoz**

Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad Camilo José Cela, Madrid
Departamento de Ciencias Biomédicas (Área de Farmacología),
Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud, Universidad de Alcalá, Madrid
Instituto de Investigación Hospital 12 de Octubre (i+12), Madrid

Francisco Pérez-Fernández

Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad Camilo José Cela, Madrid

Cecilio Álamo

Departamento de Ciencias Biomédicas (Área de Farmacología),
Facultad de Medicina y Ciencias de la Salud, Universidad de Alcalá, Madrid

Resumen

Cuando Freud contaba una edad avanzada, reconocía la gran atracción que sintió toda su vida por la obra de Cervantes en una carta dirigida a Luis López-Ballesteros y de Torres, traductor de su obra científica al castellano, y fechada en Viena el 7 de mayo de 1923. En la misma, afirma el psiquiatra: «Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal *D. Quixote* e[n] el original cervantino, me llevó a aprender, sin maestros, la bella [lengua] castellana» [sic] (Freud, 1968, I, p. 9). A pesar de ello, cabe destacar que la mayor parte de sus biógrafos, como Ernest Jones o Peter Gay, no efectúan en ningún momento referencia alguna a la lengua española en relación a los numerosísimos contactos internacionales que mantuvo, durante el primer tercio del siglo xx, el fundador del psicoanálisis. Por otro lado, a pesar de su pasión por el literato alcalaíno, apenas cita su obra en su vasta producción científica. De hecho, las referencias de Freud a Cervantes y sus textos y personajes proceden mayoritariamente de su abundante correspondencia. En este sentido, existen dos colecciones epistolares muy reveladoras sobre el tema que nos incumbe: una colección que puede ser considerada ya como clásica, y en la que se recogen sus cartas a Martha Bernays durante el periodo comprendido entre 1882 y 1886 (*Cartas a la novia*, 1973), y otra colección, de publicación más reciente (*Cartas de juventud*, 1992), a la que dedicaremos mayor atención en este trabajo, por sus connotaciones cervantinas.

En consecuencia, y enlazando las antedichas cartas con otros materiales y comentarios críticos, la intención final de este artículo es sondear la relación entre Freud y Cervantes, así como tratar de calibrar el impacto que la obra del literato español pudo tener, posteriormente, tanto en el autor del psicoanálisis como en sus aportaciones.

Palabras clave: Sigmund Freud, Miguel de Cervantes, Psicoanálisis, Literatura, Epistolario.

* Correspondencia: Telf. / Fax: 91 815 31 31. E-mail: <flopez@ucjc.edu> / <fperez@ucjc.edu>.

Abstract

At an advanced age, Freud recognized the great attraction that he felt all his life for the work of Cervantes in a letter to Luis Lopez-Ballesteros Torres, the translator of scientific work to Castilian. In that letter, signed in Vienna and dated in May 7, 1923, the psychiatrist says: «Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal *D. Quixote* e[n] el original cervantino, me llevó a aprender, sin maestros, la bella [lengua] castellana» [sic] (Freud, 1968, I, p. 9). However, most of his biographers, such as Peter Gay or Ernest Jones, not made any reference to the Spanish language in relation to the numerous international contacts that the founder of psychoanalysis made during the first third of the twentieth century. On the other hand, despite his passion for the writer from Alcalá de Henares, Freud cited his work very little along his scientific production. In fact, Freud's references to Cervantes and his texts and characters come mostly from his voluminous correspondence. In this sense, there are two revealing epistolary collections that can illuminate the subject that concerns us: a collection that can be already considered classic, and in which letters are set to Martha Bernays during the period between 1882 and 1886 (*Cartas a la novia*, 1973), and a collection of more recent publication (*Cartas de juventud*, 1992), in which we will devote more attention for their references to Miguel de Cervantes.

Linking that letters with other materials and critical comments, the final aim of this article is to determine the relationship between Freud and Cervantes, and try to gauge the impact that the work of the classical Spanish writer could have, subsequently, in the author of the psychoanalysis and its contributions.

Keywords: Sigmund Freud, Miguel de Cervantes, Psychoanalysis, Literacy, Letters.

INTRODUCCIÓN

Sigmund Freud (1856-1939) es, posiblemente, uno de los autores más famosos, de la historia de la psicología y de la psiquiatría más allá de sus márgenes académicos y científicos. Sus aportaciones han trascendido ampliamente estos campos, marcando decisivamente ámbitos culturales adyacentes como la filosofía, la antropología y otras disciplinas sociales. Sin duda, Freud es para bien o para mal uno de los personajes más influyentes del siglo xx. No obstante, su obra no ha estado exenta de críticas, habiéndosele negado su carácter científico por parte de algunos sectores de la medicina o de la psicología, que la sitúan más próxima al campo de la cultura general, de la antropología o de la filosofía. De hecho, incluso su creación magna, el psicoanálisis, experimentó, desde mediados del siglo pasado, un proceso de decadencia, esclerotización y desuso, a pesar de sus continuas reinterpretaciones, en favor de las nuevas corrientes biológicas y farmacológicas que impregnaron la psiquiatría a partir de la década de 1950 (López-Muñoz & Álamo, 2007).

Nada tiene de extraño el debate con respecto al valor de la aportación de Freud a la ciencia y la cultura si se tiene en cuenta que el propio Freud era consciente de

que mantenía, voluntariamente, posiciones intelectuales equidistantes con respecto a ambas. Él mismo, en febrero de 1896, confesaba a Wilhelm Fliess (1858-1928) que en su juventud no había conocido más anhelo que el del saber filosófico, anhelo que estaba a punto de realizar por la vía del psicoanálisis, al deslizarse de la medicina a la psicología (Freud, 2008). Cabría entonces preguntarse cómo alguien empujado por tales motivaciones juveniles optó por embarcarse en una carrera médica por la que nunca sintió, y así lo reconoció en su *Autobiografía*, especial predilección (Freud, 2006). Puede que en esta decisión influyeran necesidades de corte instrumental, como la muy natural de asegurarse un porvenir conveniente a la persona de un muchacho judío de clase media, pero el hecho de que no optara por la carrera política o jurídica como muchos en su misma situación nos habla también de otras motivaciones de orden intelectual, lógicas en un gran aficionado a los libros y a los problemas humanos que, como otros jóvenes de su tiempo, se topó y sorprendió con la sugestiva aportación de Charles Darwin (1809-1882). De hecho, Freud, ocupado y preocupado en cuestiones humanísticas se resistiría tenazmente, sin embargo, al llamado de la filosofía, al experimentar un declarado temor hacia las profundidades especulativas en la que a menudo solían perderse los filósofos y que quiso contrarrestar con una sobria formación científica (Gómez, 2007).

Pese a todo, el mérito de las aportaciones de Freud se acrecienta si tenemos en consideración la tremenda influencia de sus teorías psicológicas –que muchos no dudaban en tachar de «pseudopsicológicas» (Wolman, 1968)– en los más relevantes movimientos culturales, incluidos los artísticos y literarios, del siglo xx. Precisamente, en relación con la literatura, la figura de Freud sobrepasa los límites de la ciencia y penetra con fuerza en el marco del universo narrativo. No hay que olvidar, en este sentido, que el psiquiatra austriaco fue galardonado en 1930 con el prestigioso Premio Goethe, por la excelencia de su prosa en sus obras científicas: el colofón de una vida jalonada por un profundo interés por las letras que Freud nunca soslayó y que se remontaba ya a su adolescencia. No debe sorprendernos, pues, que todos sus planteamientos intelectuales tuvieran un reflejo literario inmediato que nunca se esforzó por esconder por más que pudiera afectar a la validación científica de su trabajo: Sófocles, Shakespeare, Goethe o Dostoyevski, por citar algunos autores recurrentes en la obra freudiana, así como sus personajes, aparecen una y otra vez en los textos de Freud como recurso explicativo, comparación, metáfora o ejemplo (Gómez, 2007). De hecho, incluso llegaría a reconocer sin ambages que el psicoanálisis, en última instancia, debía rendir cuentas de los enigmas planteados por la poesía en tanto que manifestación palpable de los verdaderos problemas (Freud, 2006).

Más aún, y ahondando en esta cuestión, un hombre deseoso de éxito y público reconocimiento como lo fue Freud hubo de enfrentar muy pronto las repercusiones de la singular paradoja implícita en su obra a la que nos referíamos al principio: en-

tretanto sus *Estudios sobre la histeria* —quizá por un exceso de estilo— gozaron en 1895 de una fría acogida entre sus colegas médicos, fueron aplaudidos por los expertos en literatura, contradicción que a su autor no pasó en absoluto desapercibida. El propio Freud consideró que sus historiales sobre los casos de histeria tenían realmente un aspecto más literario que científico, pero también entendió que ello se debía antes a la naturaleza de carácter narrativo de la patología en sí antes que a un interés personal (Freud, 1968, I).

De hecho, y corroborando las impresiones de su propio autor, los casos clínicos propuestos por el creador del psicoanálisis están redactados, al parecer de los estudiosos de su obra, como si fuesen auténticos fragmentos de novelas, manteniendo incluso un respeto escrupuloso hacia las convenciones literarias del espacio-tiempo (Riley, 1993; Parr, 1995). En este sentido, hemos de insistir en glosar someramente la profunda formación cultural de Freud: fue un apasionado de William Shakespeare (1564-1616), a quien comenzó a leer a los 7 años, al punto de que habitualmente citaba y recitaba fragmentos de sus obras literarias; fue traductor de John Stuart Mill (1808-1873); leía el griego clásico y escribía fluidamente en latín. Algunos autores han querido ver en los textos freudianos una clara influencia, no sólo de filósofos como Arthur Schopenhauer (1788-1870), Friedrich Nietzsche (1844-1900) e incluso Immanuel Kant (1724-1804) y Georg Hegel (1770-1831) (Labastida, 2004), sino también de autores literarios, como los poetas simbolistas franceses Arthur Rimbaud (1854-1891) y Stéphane Mallarmé (1842-1898), representantes del romanticismo alemán, y muy particularmente de Miguel de Cervantes (1547-1616), por quien Freud siempre mostró una atracción muy especial y al que algunos han querido considerar como el mismísimo antecesor cultural de Freud (Grinberg & Rodríguez, 1987-1988).

A pesar de ello, cabe destacar que la mayor parte de sus biógrafos, como Ernest Jones o Peter Gay, no efectúan en ningún momento referencia alguna a la lengua española en relación a los contactos internacionales que mantuvo el fundador del psicoanálisis durante el primer tercio del siglo xx. Incluso, en el caso particular de Gay (1989), se ignora inexplicablemente el hecho de que la primera edición completa y no alemana de los textos freudianos fue precisamente la española de López-Ballesteros, ordenada en su momento por José Ortega y Gasset (1883-1955) y dirigida por José Ruiz-Castillo (1910-1945) (Carpintero & Mestre, 1984). Un olvido que se ha convertido en constante entre los biógrafos y comentaristas críticos de Freud, al punto de que en la celebrada revisión crítica de su biografía publicada por Breger (2001), no existe ya alusión alguna, ni tan siquiera remota, a la lengua o literatura españolas, sus autores o su intelectualidad. Un hecho, por lo demás, sorprendente cuando un proto-biógrafo de Freud, el escritor Stefan Zweig (1881-1942), no dudó en 1931 en ofrecer una visión del creador de psicoanálisis como supuesto luchador empedernido

contra molinos de viento intelectuales reales o imaginarios que bien se podría calificar de «quijotesca» (Zweig, 2006).

Cabe preguntarse entonces –y este es el objetivo último de este texto– si el interés por vincular a Freud con Cervantes, más allá de la pasión puramente literaria que el primero pudiera tener en el segundo, es antes la plasmación de una obsesión de hispanistas y cervantistas, que un vínculo intelectual cierto y duradero (López-Muñoz, Rubio, Álamo & García-García, 2006). No olvidemos que, a pesar de su reconocida pasión por el literato alcalaíno, Freud apenas cita su obra a lo largo de su vasta producción científica, lo cual podría justificar ese olvido deliberado al que antes se aludía.

LA ACADEMIA ESPAÑOLA

El 28 de abril de 1885 Freud escribe a Martha Bernays: «He destruido todos mis apuntes de los últimos catorce años y cartas, resúmenes científicos y manuscritos de trabajo. De las cartas solo se han salvado las de la familia [...]. No puedo madurar ni morir sin la preocupación de quién se meterá en los viejos papeles» (Freud, 1973, pp. 53-54). No sería la primera vez que esto sucedió, pues Freud repetiría la operación de destrucción documental en 1907, y el acto limitó de manera decisiva la información existente sobre el periodo de su adolescencia y primera juventud. Afortunadamente, buena parte de sus interlocutores epistolares optaron por no ser tan drásticos con su pasado, lo cual minimizó hasta cierto punto el afán ocultador de Freud. Y así es como se puede entender el interés del joven Freud por la figura y obra de Miguel de Cervantes, pues la publicación de las cartas redactadas entre diciembre de 1871 y enero de 1881, así lo confirman.

El hecho es que Sigmund Freud mantuvo una estrecha relación durante la adolescencia con un compañero de colegio, rumano nacido en Jassy, educado en una familia judía ortodoxa, llamado Eduard Silberstein (1856-1925) (Jones, 1962; Beá & Hernández, 1984). La relación entre ambos fue cercana, al punto de que decidieron aprender español de forma autodidacta, para lo cual fundaron una especie de sociedad literaria secreta, a la que llamaron «Academia Castellana» (A.C.) o, en otras ocasiones, «Academia Española» (A.E.), integrada en todo momento únicamente por sus dos miembros fundadores (Riley, 1993; Parr, 1995). El acta fundacional de la A.E., así como sus estatutos, debieron existir realmente, pues a menudo durante la correspondencia de estos años tanto Freud como Silberstein aluden a tales documentos, pero es muy probable que quedasen en poder del primero, quien los destruiría, pues no nos han llegado. Sea como fuere, la colección epistolar de que se componen las *Cartas de juventud* está compuesta por 75 misivas, incluyendo postales y mensajes cortos redactadas por Freud, de las que 22 están escritas totalmente en castellano y 13 solo de forma parcial. Entre ellas, las hay de contenido intimista y sentimental, de forma que, en

castellano, Freud, por ejemplo, reafirma su origen judío e incluso pone de manifiesto sus sentimientos frente a su primer amor de adolescencia, cuando contaba con 16 años. También se reflejan en ellas los intereses científicos, filosóficos y literarios del joven Freud, así como sus aspiraciones y opiniones más variadas. Los originales de todo este material documental se conservan actualmente en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, concretamente en la caja número 3 de la colección titulada *Sigmund Freud papers, circa 6th century B.C. -1998* (id. MSS39990).¹

Una de las *Novelas Ejemplares* (1613) de Cervantes, *El coloquio de los perros*, debió de impresionar especialmente a los dos integrantes de la Academia, puesto que adoptaron como pseudónimo o nombre en clave el de sus protagonistas, los dos perros que conversaban tumbados en el recinto del hospital de Valladolid. Así, Freud pasó a ser *Cipión*, y Silberstein *Berganza*. En tal sentido y tiempo después, el 7 de febrero de 1884, Freud escribió a Martha Bernays:

Hoy ha venido a verme otra vez Silberstein, me tiene el mismo afecto que antes. Fuimos amigos en una época en que no se entiende la amistad como un deporte o una ventaja, sino en que se necesita al amigo para vivir con él. Estudiamos juntos el español, tuvimos una mitología propia y nombres secretos que habíamos tomado de un diálogo del gran Cervantes. En nuestro libro español de lecturas encontramos una vez un diálogo filosófico-humorístico entre dos perros, que están sentados contemplativos delante de la puerta de un hospital, y nos apropiamos sus nombres, tanto en el trato escrito como en el oral (Freud, 1973, págs.. 36-37).

En efecto, la mayor parte de las cartas escritas por Freud y dirigidas a Silberstein se inician con un «Querido Berganza!» y finalizan con un «Tu fidel Cipio, pero en el Hospital de Sevilla» [sic], o «Quedo su atento servidor Cipion» [sic]. En otras ocasiones, Freud se define como «miembro vitalicio de la famosa A.E.» –Academia Española– o emplea los acrónimos «m.d.l.A.E.» –«miembro de la Academia Española»–, p.e.e.h.d.S. –«perro en el hospital de Sevilla»– o «e.d.l.s.n.y.p.» –muy posiblemente, «en dos lenguas sin nación y patria» (Riley, 1993).

EL COLOQUIO DE LOS PERROS: ¿UNA ANTICIPACIÓN?

Siendo la última de las *Novelas Ejemplares* escritas por Miguel de Cervantes, *El coloquio de los perros* se encuentra inserta en *El casamiento engañoso*, obra en la que el alférez Campuzano promete al licenciado Peralta narrarle sucesos que irán más allá de

1. <<http://hdl.loc.gov/loc.mss/eadmss.ms004017>>.

«toda imaginación pues van fuera de los términos de la naturaleza» (Cervantes, 2003, p. 292). De hecho, la conexión de la novela con el que es uno de los temas centrales de *El Quijote* (1605), la confrontación entre la realidad y la fantasía, cuestión que preocupará más adelante y de manera muy singular a Freud en su camino hacia el psicoanálisis, otorga especial interés al hecho de que llamara su atención (Gómez, 2007).

Con respecto al contexto de la novela ejemplar cervantina, es significativo el persistente error de Freud al ubicar la conversación de los perros en Sevilla, en vez de en Valladolid, como relatase Cervantes. Algunos autores achacan este hecho a una deficiente lectura de Freud de la novela, al encontrarse en sus primeros años de aprendizaje del español, pues en la conversación de los animales aparece nombrada Sevilla muchas más veces, o incluso a una lectura incompleta, pues solo al final se comenta que el coloquio tiene lugar en Valladolid (Riley, 1993; Parr, 1995). La hipótesis de la lectura fragmentaria resulta más plausible si atendemos al anteriormente referido comentario de Freud en su carta a Martha Bernays de febrero de 1884 y en la que alude a un «libro español de lecturas» que, sin duda, debía incluir textos extractados de diferentes obras.

A pesar de este error contextual, la atracción por Sevilla es evidente en Freud, en una de cuyas cartas, redactada parcialmente en castellano, fechada el 7 de marzo de 1875, y titulada pomposamente «*Parte Oficial*. Cosas de la Academia Española o Castellana», escribe:

La introduccion de siguientes terminos en el estilo oficial de la A.E., cuales términos no son nuevos, pero viejos y bien conocidos y merecen ser sacados en limpio para el uso de los miembros de la A.E. Llamanse los miemb. d.l.A.E. «perros,» que es su mayor titulo, que tienen ni tendrán, llamese «Sevilla» el mundo, en que estan y el hospital de Sevilla el pais en que viven, es decir la Alemania. Llamese en fin el paradero, en que estan, la «cerra» (o si otra palabra es, que quiere decir «Dicke» y que el famoso Cervantes en el lugar, que V. conoce, ha usado, sea esa otra palabra). Así los m.d.l.A.E. jamas digan de alguien «ha muerto,» sino ha salido de Sevilla, jamas digan, ha dejado la Alemania sino ha quitado el hospital de Sevilla y jamas digan, ha viajado en Alemania, de Viena á Berlin, sino digan ha mudado de cerra. Viena llamese con otro nombre y así tambien Berlin, pero los nombres no quiero proponer, sino dejo á Vm de proponerlos, que viva mil y doscientos años y sea dos mil años mantenido, como desea su D. Cipion [sic] (Freud, 1992, p. 151).

Como puede observarse, el simbolismo típico de los textos freudianos y su interés por el estilo parece evidente ya en esta redacción de adolescencia que nos muestra a un Freud con un manejo arcaizante del español que nunca desaparecería, y que ya nos habla con claridad tanto de su forma de adquisición como de su propósito (Gómez, 2007).

La posibilidad de que esta novela cervantina hubiese influido de alguna manera en el desarrollo de las hipótesis freudianas ha sido puesta de manifiesto por varios

autores (Grinberg & Rodríguez, 1987-1988). En este sentido, no deja de ser curioso el hecho de que Freud adopte en la A.C. el papel de Cipión o «escuchante», a modo de fuerza conductora y autoritaria en el intercambio epistolar, labor a la que posteriormente dotaría de la máxima relevancia en su creación terapéutica; el psicoanálisis. Más aún, en un interesante estudio Stanko Vranich (1976) plantea como el perro Cipión creado por Cervantes ejercería de terapeuta, oyendo las historias que narra el perro Berganza –a modo de catarsis– en relación con sus vivencias, experimentadas con sus numerosos amos, a modo de penitente producto de una «sociedad enferma» –abandonos, abusos y traumas de todo tipo–, que culmina en un profundo conflicto sobre su propia identidad y su procedencia real. Cipión, en este papel de terapeuta, plantearía a Berganza algunas preguntas para generar un flujo de asociaciones. Lectura muy similar a la ofrecida por estudios más recientes, como el de Gómez (2007) quien aventura: «el que habla es fundamentalmente Berganza, mientras que Cipión –Freud, en su correspondencia con Silberstein– escucha y de cuando en cuando le anima a que prosiga» (Gómez, 2007, p. 203).

Por su parte, Riley (1993) manifiesta que tal hipótesis carece de fundamento real y se mueve en el ámbito de las conjeturas. Para este autor *El coloquio de los perros* y la terapia psicoanalítica sólo comparten los términos de su teoría narrativa que, en efecto, ya parece presente en la estructura del diálogo entre Cipión y Berganza. No obstante, la correspondencia juvenil entre Freud y Silberstein, en la que ambos adoptan sin ambages la identidad de los perros de Cervantes, sí es interpretada por este autor como una especie de «proto-psicoanálisis» previo al que posteriormente se desarrollaría en la correspondencia adulta entre Freud y Fliess. Finalmente, y profundizando en esta dirección, Grinberg y Rodríguez (1987-1988) han postulado que esta relación o «diálogo» juvenil Freud-Silberstein sería la primera de una serie de relaciones psicoanalíticas o psicoanalizantes, que continuaría con otros «diálogos» sucesivos: Freud-Martha, Freud-Breuer, Freud-Fliess –consumación de la técnica psicoanalítica– para culminar, finalmente, con la autocomunicación Freud-Freud o gran diálogo del auto-análisis.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA

La relación de Freud con *El Quijote* es más tardía y ha trascendido mucho menos con total independencia de los esfuerzos exegeticos realizados por los intérpretes de la obra de Freud, en la medida, como se señaló anteriormente, de que la incidencia de la misma en su obra publicada o en sus comunicaciones epistolares es bastante menor. Sin embargo, el propio Freud reconoció varias veces el interés que suscitó en él este libro durante las postrimerías de su juventud, tal y como se ha comentado a propósito de la carta remitida en la vejez a López-Ballesteros.

Es conocido, pues, que Freud sin duda leyó *El Quijote* durante sus años de noviazgo con Martha y que lo hizo en el original castellano, aunque consideraría en el marco de la cultura antifemenina del siglo XIX que, pese a estar escrita de forma magistral, no era una lectura recomendable para mujeres. Sin embargo, y como se viene diciendo, la novela cervantina y sus personajes apenas aparecen en los textos freudianos. En las cartas de la Academia Española, Freud menciona, en una de ellas – fechada el 30 de enero de 1875–, al doctor Pedro Recio de Tirteafuera (Cervantes, 2004, II-XLVII) y, además, muestra su intención de regalar su ejemplar personal de *El Quijote* a Silberstein, con motivo de su cumpleaños. Asunto este del libro, dicho sea de paso, que debió traer cola entre ambos pues en una carta previa –11 de diciembre de 1874– Freud había escrito:

Conecto esto con el comentario sobre tu extraña negativa de aceptar el 27 de diciembre de este año un libro [*El Quijote*, sin duda] como regalo mío. En principio no puedo negar que exista un artículo de la A.E. (que prohíbe los regalos con motivo de los cumpleaños); pero los historiadores de la A.E. se acuerdan de que dicho artículo fue violado no hace mucho por un miembro actualmente residente en Leipzig, y los lógicos y juristas de la A.E. deducen de esto y declaran como ratificado que el mencionado artículo tampoco sigue siendo vinculante para el otro miembro (Freud, 1992, pp. 126-127).

Sea como fuere, e ignorando si Silberstein finalmente accedió, encontramos que Freud también menciona a Cervantes a lo largo de esta correspondencia en relación a su autoría de *El Trato de Argel* (1582) –7 de marzo de 1875– y otra vez, junto a otros autores españoles, como Fernán Caballero (1796-1877) –Cecilia Böhl von Faber– y Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882), en otra carta de 20 de agosto de 1873 (Freud, 1992).

Se ignora si fue muy profunda la primera lectura que Freud hizo de *El Quijote*, pero sí es conocido que, posiblemente, en el verano de 1883, a los 27 años de edad, pudo efectuar una relectura más a fondo de la obra, tal y como se pone de manifiesto en los frecuentes comentarios sobre esta novela efectuados en su correspondencia con Martha Bernays durante los meses de agosto y septiembre de ese año. A título ilustrativo, en una carta fechada el 22 de agosto comenta a Martha: «[...] Estoy leyendo mucho, empleando gran parte del día. Por ejemplo, ahora estoy poseído por el *Quijote* [...] y más concentrado en él que en la anatomía del cerebro» (Freud, 1973, p. 17). En otra de ellas, significativamente, llega a identificarse con el propio Don Quijote, al afirmar que «nosotros somos nobles caballeros que pasamos por el mundo atrapados en un sueño», lo cual conecta de manera ciertamente singular con la lectura personal que Stefan Zweig tenía de Freud, a la que se ha aludido con anterioridad, y que enlaza de manera harto significativa con planteamientos posteriores como el de Wolman (1968, p. 236):

No podían dejar de admirar [tanto sus detractores como sus partidarios] el gran coraje moral de Freud, que trataba los temas más polémicos de forma franca y honrada a pesar de las presiones y tabúes sociales. [...] Era cualquier cosa menos conservador y oportunista, tenía la valentía de reconocer sus equivocaciones y revisar drásticamente sus teorías, incluso transformándoles completamente en algunos aspectos.

En opinión de Grinberg y Rodríguez (1987-1988), la influencia de la lectura de *El Quijote*, justo en el momento en que Freud se formaba en el campo neuropsiquiátrico, pudo ser decisiva para el futuro del creador del psicoanálisis, pues esta novela refleja como ninguna otra obra el conflicto entre la realidad –Sancho Panza– y la fantasía –Don Quijote–, un conflicto en el que el propio Freud estaba completamente inmerso. Sin embargo, en su producción científica, las referencias a *El Quijote* son muy escasas. Por ejemplo, en una nota a pie de página de *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905/2012, p. 307), Freud recurre a Don Quijote, al verlo como un «niño grande» sometido al idealismo, para ilustrar la merma de compasión como fuente de esta práctica. También en *Totem y tabú* (1913/2013, p. 73), inspirada en el evolucionismo biológico de Charles Darwin y en el evolucionismo social de James George Frazer (1852-1941), opta por Sancho Panza para referirse al trato agresivo, ambivalente, hacia el soberano. Detalles interesantes si tenemos presente que, en referencia a un tema tan profundamente psicoanalítico como la lucha permanente del individuo que ve sometido su deseo al principio de realidad, *El Quijote* puede leerse como el conflicto de un Alonso Quijano revolucionario que ha comprendido que:

Para imponerse a la realidad, se ha de soñar otra realidad, distinta y nueva [...]. Todos debemos volvernos un tanto locos, como él. Quizá solo cuando eso suceda, cuando todos los hombres soñemos y, al mismo tiempo, actuemos, la realidad se transformará (Labastida, 2004, p. 365).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Debemos comentar, ya para terminar, otro aspecto de la relación Freud-Cervantes que ha sido abordado por algunos autores como Beá y Hernández (1984), Johnson (1983) y Parr (1994), como es el estudio de las obras cervantinas, fundamentalmente *El Quijote*, desde la perspectiva psicoanalítica. Aunque este no sea el objetivo *princeps* de este trabajo, los mencionados autores han efectuado un minucioso psicoanálisis de los personajes quijotescos desde múltiples perspectivas: los sueños de Don Quijote; la ausencia de datos de su infancia y el posible complejo de Edipo sin resolver; sus obsesiones y neurosis, que son, en distintos momentos, sublimadas o reprimidas; su marcado

carácter narcisista, superado mediante una «cura de humillación»; su amor platónico y vinculación sexual con Dulcinea; el propio cambio de nombre (sufijo nominal *-ano*, por *-ote*), como ejemplo de represión sexual y paso de la «analidad» a la «genitalidad»; las intervenciones, a modo de sabotajes quinta-columnistas de Alonso Quijano en el mundo de fantasía de Don Quijote; el componente sádico del protagonista, a través de sus continuos episodios de agresividad; su carácter masoquista primario, identificado con la pulsión tanática de la muerte; su salida al mundo de la aventura por la puerta trasera de la casa; la decisión de que sea Rocinante quien gué su destino, y etcétera.

Incluso varios pasajes de *El Quijote* son explicados como expresiones simbólicas dignas de un profundo psicoanálisis, como la relación de Rocinante con las yeguas de los yangüeses (Cervantes, 2004, I-XV), o el episodio de la Cueva de Montesinos (Cervantes, 2004, II-XXII). Concretamente, Beá y Hernández (1984) consideran que el trastorno mental de Alonso Quijano comienza al enfrentarse el personaje a los miedos que le infunde la proximidad de la vejez y la muerte, de forma que los conflictos internos generados por duelos no trabajados constituyen su fuente de estímulo para la creatividad y la imaginación. En fin, todos los tópicos del universo freudiano. En tal sentido, José Balza (2008) enfatizó, con respecto a este tema, que aunque en efecto Cervantes no había leído a Freud, todos esos temas tan propiamente cervantinos no eran en última instancia más que Freud. Así, podemos afirmar que Cervantes, *El coloquio de los perros* y *El Quijote* jugaron un papel, si no decisivo como parecen querer destacar algunos autores, al menos no desdeñable en algunas hipótesis y teorías psicológicas pergeñadas posteriormente por el creador del psicoanálisis.

REFERENCIAS

- Beá, J. & Hernández, V. (1984). Don Quixote: Freud and Cervantes. *International Journal of Psycho-Analysis*, 65, 141-153.
- Breger, L. (2001). *Freud. El genio y sus sombras*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones B.
- Carpintero, H. & Mestre, M.V. (1984). *Freud en España*. Valencia, España: Promolibro.
- Cervantes, M. de (2003). *Novelas ejemplares, II*. Madrid, España: Cátedra (Sieber, H., ed.).
- Cervantes, M. de (2004). *Don Quijote de la Mancha*. Madrid, España: Santillana (Rico, F. ed. / Edición del IV Centenario).
- Freud, S. (1905/2012). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Madrid, España: Alianza.
- Freud, S. (1913/2013). *Tótem y tabú*. Madrid, España: Alianza.
- Freud, S. (1923). *Obras completas*, Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1973). *Cartas a la novia (1882-1886)*. Barcelona, España: Tusquets.
- Freud, S. (1992). *Cartas de juventud (1871-1881)* (Ackermann Pilári, A., ed. y trad.), Barcelona, España: Gedisa.

- Freud, S. (2006). *Autobiografía*. Madrid, España: Alianza.
- Freud, S. (2008). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Nueva edición completa. Buenos Aires & Madrid: Amorrortu.
- Gay, P. (1989). *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona, España: Paidós.
- Gómez, C. (2007). La realidad y la ilusión: Cervantes en Freud. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 24, 195-214.
- Grinberg, L. & Rodríguez, J. F. (1987-1988). La influencia de Cervantes sobre el futuro creador del psicoanálisis. *Anales Cervantinos*, 25-26, 157-174.
- Johnson, C. B. (1983). *Madness and Lust: A Psychoanalytical Approach to Don Quixote*, Berkeley, Cal: University of California Press.
- Jones, E. (1962). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires, Argentina: Nova.
- Labastida, J. (2004). *El Quijote lee a Kant, Hegel, Freud y Lacan. Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua. Tomo XXVII (1997-1999)*. Mexico D.F.: Academia Mexicana de la Lengua, 348-365.
- López-Muñoz, F. & Álamo, C., eds. (2007). *Historia de la Psicofarmacología*. Madrid, España: Editorial Médica Panamericana, S.A.
- López-Muñoz, F.; Rubio, G.; Álamo, C. y García-García, P. (2006). A propósito de la locura del hidalgo Alonso Quijano en el marco de la medicina española tardorenacentista. *Anales de Psiquiatría*, 22(3), 133-145.
- Parr, J. A. (1995). Cervantes Foreshadows Freud: On Don Quixote's Flight from the Feminine and the Physical. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 15, 16-25.
- Riley, E. C. (1993). Cervantes, Freud and Psychoanalytic Narrative Theory. *Modern Language Review*, 88, 1-14.
- Riley, E. C. (1994). Cipión Writes to Berganza in the Freudian Academia Española. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 14, 3-18.
- Vranich, S. B. (1976). Sigmund Freud and 'The Case History of Berganza': Freud's Psychoanalytic Beginnings. *The Psychoanalytic Review*, 63, 73-82.
- Wolman, B. (1968). *Teorías y sistemas contemporáneos en psicología*. Barcelona, España: Martínez-Roca.
- Zweig, S. (2006). *La curación por el espíritu*. Barcelona: Editorial Acantilado.

Artículo recibido: 24-07-24
Artículo aceptado: 20-10-14